

Carlos Molina Jiménez

El retroceso de la política

Abstract: *Even though politics are still seen as a prominent trail of social relations, we are witness to an increasing dissolution of its operational space. Both, intersubjective (generalized disapproval and disrepute) and objective factors (transnationalization of economical, social and cultural processes) lead to this end. Markets and morals are now thought as replacements for politics, when in reality, only war could possibly fit its place suitably.*

Key words: *Politics. Power. War. Moral. Market. Collectives decisions.*

Resumen: *Si bien la política aún es una dimensión descollante de la vida social, asistimos a una disolución creciente de su espacio de operaciones. Factores intersubjetivos (descrédito y repudio generalizados, repliegue ciudadano) y objetivos (la transnacionalización de los procesos económicos, sociales y culturales), conducen a este resultado. Se piensa en el mercado o en la moral como relevos de la política; pero, en realidad, sólo la guerra podría ocupar idóneamente su lugar.*

Palabras clave: *Política. Poder. Guerra. Moral. Mercado. Decisiones colectivas.*

Habitamos, a mi juicio, en un mundo en el que la política se halla en retirada. No obstante, se trata de un mundo en el que ella sigue estando ahí, ocupando a muchos, siendo noticia cotidiana

de gran cuantía. Mantiene, incluso, sus aparatos institucionales, su teatro de operaciones, su emblemática propia, sus formas típicas de proceder. Pero, pese a esta aparente vigencia inalterada, su sustancia constitutiva, el elemento que la ha calificado para dar su aporte específico, ¿no se está disipando a través de múltiples fracturas?

Sostengo, en efecto, que asistimos, no a una crisis política, sino a una crisis de la política. O, mejor dicho, a un sinnúmero de crisis políticas, dispersas en la amplitud del Globo, que, más allá de sus circunstancias particulares, expresan todas, la disolución creciente del espacio social de la política.

Pero, ¿qué podemos entender por política? La política es lucha, combate. Forma parte de la dimensión agonística de la vida social; refiere a un nivel donde no se cuenta con un acuerdo preexistente, donde se parte de la confrontación, el enfrentamiento, la rivalidad; un nivel en que la gente contiende por el control de recursos escasos, por ganar espacios de realización, por imponer sus propias interpretaciones, por hacer valer sus intereses particulares. Y en esta lucha, al desenlace de cada episodio, se producen ganadores y perdedores en relación con los asuntos mencionados, de gran peso en la configuración de la vida efectiva.

¿Quiénes son los protagonistas de la política? Grupos que cobran suficiente conciencia de su diferencia e identidad dentro del conjunto social, portadores de intereses de amplio espectro cuya consecución implica imprimir determinada conformación a la marcha del proceso social. Grupos, por tanto, que pueden y deben

plantear propuestas sobre cómo y hacia dónde debe dirigirse éste.

El motor esencial de la actividad política resulta, por tanto, la búsqueda de poder. Es así por la sencilla y redundante razón de que sólo con *poder* se puede *hacer*. Si se quiere ser efectivo, si se quiere asegurar la posibilidad de obtener logros, si se quiere marcar con el sello de la propia voluntad el curso de los acontecimientos, ¿no resulta indispensable contar con poder?

La consecución y el ejercicio del poder son la base necesaria y el cometido específico de la política. Intentar hacer política sin recurrir al poder, equivale a pretender pintar sin colores.

Ahora bien, ¿qué distingue a la política de otras formas de lucha y enfrentamiento? Que ella es confrontación y medición de fuerzas, pero por medio simbólicos, mucho menos cruentos y destructivos que los utilizados cuando los desacuerdos se ventilan en el plano de los hechos.

Sin embargo, es propio de la política que en ella el recurso a las vías de hecho nunca desaparece del todo; se desplaza por cierto hacia el horizonte, desaloja el escenario de la acción; pero desde esa posición marginal su presencia inminente, la posibilidad de su reingreso a la escena principal, juega un papel decisivo: refuerza, mediante el temor mutuo, sobre todo en los momentos de ofuscación, triunfalismo o iracundia, la voluntad de los grupos participantes de no suspender el juego político, de proseguirlo incluso a un alto costo.

En esta lucha el intercambio de fintas, alardes, intimidaciones y bravatas, no constituye por lo general la antesala, los preparativos de la violencia. Resulta, por el contrario, el ritual de su exorcización, el medio de eludirla. En política, la ostentación mutua del potencial de obstaculizar o infligir daño, se hace precisamente con el propósito de evitar utilizarlo, para apartar la posibilidad del enfrentamiento físico, de la destrucción y el atentado personal. El anuncio de acciones drásticas y de adopción de represalias, obedece al propósito de mostrar que *se tiene* la capacidad de realizarlas, y no de que *se quiere* realizarlas. La amenaza se formula con el propósito de disuadir, de moderar al antagonista y sólo en casos extremos, cuando la solución política da señales de

naufragio, se empieza a pensar realmente en su concreción.

Despojada de bálsamos y ornamentos la política es, pues, una utilización benigna de las técnicas del mal; un sucedáneo de la guerra, más aceptable y susceptible de control colectivo que ella; una especie de guerra virtual que, anticipando en versión restringida y atenuada la guerra real, suele volver a esta última, por lo pronto, superflua.

En esta lucha cada grupo hace valer su cuota de poder y trata de obtener beneficios proporcionales a dicha cuota. Pero la necesidad de atraer a otros grupos de menor magnitud y de aplacar la resistencia de aquellos con los que no ha podido transar, le obliga a reducir el nivel de sus exigencias, para hacer concesiones a sus posibles aliados y también a sus adversarios.

La política supone, así, el acuerdo; pero no, por supuesto, en términos de abrazo beatífico, basado en la convergencia feliz de las buenas voluntades; se trata de algo mucho más prosaico y desabrido: de la concordancia regateada, obtenida a regañadientes, constantemente puesta a prueba por las tentativas de los participantes de ampliar en su provecho los límites pactados. Un acuerdo en el que todos los bandos han de aceptar –aunque no todos en la misma medida– opciones que no escogerían si pudiesen decidir con pleno dominio de las circunstancias.

Compatible con la búsqueda del beneficio mutuo, con algún grado relevante de satisfacción de las preferencias particulares, este acuerdo excluye, sin embargo, por principio, la reciprocidad; pues en política el móvil principal de cada fuerza es, precisamente, intentar prevalecer. ¿Cabe esperar, entonces, que, por esta vía, se eliminen las asimetrías que blindan en su favor los contendientes? En absoluto. Es posible tan sólo atemperar las formas de hacerlas valer, mitigar el daño que conllevaría su ejercicio irrestricto, llegar a una cierta neutralización cruzada de las mismas.

En este proceso cada grupo acude a su poder efectivo, a su capacidad retórica de persuasión, a su credibilidad pública, a su habilidad táctica y estratégica, para servirse de las oportunidades y afrontar los retos planteados por el despliegue de la actualidad.

Al efectuar esta sumersión en el fragor del presente, ninguno tiene su posición asegurada: ¿no sucede a veces que las grandes ventajas resultan contrarrestadas por la suma feliz de pequeños logros circunstanciales?, ¿un paso en falso no ha lanzado al despeñadero, incluso a gigantes?, ¿un espejismo oportuno y bien aprovechado, no ha dado inicio en ocasiones a un movimiento político duradero? Todo se cifra en cómo la fuerza de la coyuntura, por sí sola o maniobrada con destreza, trastoca las posiciones mutuas de los participantes, en un contexto donde el poder de cada actor depende de la forma en que se ordenen en torno suyo los restantes actores. Esto otorga a la política un amplio margen de imprevisibilidad, un alto coeficiente de incertidumbre.

Gracias a este carácter sistémico del poder político, las condiciones de partida, por imponentes o insignificantes que parezcan, no significan una condena ni una garantía para ninguno de los contendientes. Un cambio contextual siempre es posible, una recomposición del entorno puede hacer que alguno de ellos, sin haberse movido un milímetro de su lugar, se desplace hacia la derecha o la izquierda, hacia arriba o hacia abajo. Las alteraciones de su periferia pueden modificar las condiciones de partida de un movimiento político, convirtiendo un poderoso recurso en un pesado lastre, o un débil conato en una opción arrasadora.

En política suele suceder, sobre todo en sus momentos estelares, que la coyuntura revierta sobre la estructura y la reconstituya. Por eso no cabe atenerse a las conquistas previas, ni despreciar a un adversario, por insignificante que parezca.

De este modo, al hilo de esta compleja dinámica, mediante el enfrentamiento y la transacción, se van constituyendo las correlaciones de fuerza que organizan el flujo y el encadenamiento de los distintos poderes operantes en diversos puntos y niveles del tejido social. Mediante esta labor de articulación y supeditación, la política hace posible las condiciones para la existencia efectiva de decisiones colectivas; es decir, de decisiones que no sólo comprometen al conjunto social, sino que le procuran un grado importante de capacidad de autoconducción, de capacidad

de *definir* respuestas frente de los procesos que lo afectan.

La política remite, entonces, un espacio social cualificado, denso en relaciones de poder, donde se posibilitan y constituyen las decisiones colectivas; decisiones que, convertidas en patrones conductuales, pautas valorativas, leyes, instituciones y políticas, rigen la vida de una sociedad.

Y ¿el político? Es aquel personaje que sabe pulsar y volver concurrentes los distintos dispositivos de poder -de muy diversas especies y variado rango- que emergen en la sociedad, para intervenir en los procesos sociales mediante la formación y ejecución de decisiones colectivas. Aunque debe saber barajar infinidad de recursos, su principal virtud ha de consistir en el maridaje feliz de un fino sentido de la oportunidad con una sobria visión del largo plazo.

Sin política no hay formación de decisiones colectivas. En su lugar operarían imposiciones unilaterales de grupos parciales, dispuestos o constreñidos a prescindir de la participación consentida de los demás sectores; de grupos que, en todo caso, tendrían que ser lo suficientemente poderosos como para vencer la resistencia de la restante población y obtener su intervención forzosa en el cumplimiento de las tareas sociales.

Sin política privaría algo así como un estado permanente e implícito de guerra, sustentado en el potencial punitivo de la parte dominante. No una guerra virtual, en la que la confrontación ocurre pero en el plano de las representaciones simbólicas; sino una guerra latente, en la que la confrontación ni siquiera se plantea, porque la situación es tal que el resultado de cualquier enfrentamiento se halla decidido de antemano.

Sin decisiones colectivas, la sociedad perdería la capacidad de aprovechar su margen de opciones para modelar su propio rostro, en función de alguna escala de preferencias compartidas. Sólo podría tener el rostro, aleatorio e inestable, que le deparase el curso de los acontecimientos. En consecuencia, la voluntad consciente no podría proyectarse sobre su medio para imprimirle su particular impronta de intencionalidad y sentido; tendría, por el contrario, que hacer uso de sus recursos específicos plegándose a la ley, inexorable y ciega, que gobierna el mundo exterior.

Después de haber trazado el anterior bosquejo, que permite apreciar la índole y la función de la actividad política, conviene regresar a la idea inicial. Retomar la tesis de que asistimos al retroceso, banalización o decadencia de la política.

¿Qué ocurre a propósito de esa lucha por el poder con medios simbólicos que, mediante el enfrentamiento y la transacción, genera la capacidad de implementar decisiones colectivas? Ocurre que es víctima de la incompreensión generalizada y de la pérdida de sus bases de realidad.

Si nos ubicamos primero en el plano intersubjetivo, podremos constatar que la política se ha hundido en el descrédito: impera un difundido sentimiento de desconfianza e indignación persistentes ante la política misma, las personas que se ocupan de ella y todos los aparatos y procesos que les son concomitantes: partidos, cámaras legislativas, elecciones, proselitismo, propaganda. Todas estas son hoy palabras malsonantes, sobre las cuales pesa el entredicho moral; basta con pronunciarlas para percibir los gestos de repudio y disgusto que ensombrecen los rostros. El estigma de la corrupción y la presuposición de maldad y cinismo, han llegado a ser, en el imaginario dominante, inherentes a la figura del político. De aquí la apatía, el abstencionismo y el repliegue ciudadano.

En tales circunstancias, unos optan por los automatismos del mercado en vez de las intervenciones institucionales; aducen que estos mecanismos espontáneos pueden regular la vida social sin los sesgos y los costos del Estado. Una vez alcanzada la competencia perfecta, el mercado devendría virtuoso, premiaría el mérito y engendraría la equidad...

Otros optan por la ética y se tornan hipersensibles ante las licencias morales que supone el juego político. Se obstinan en mirar la política a través de las categorías propias de la vida moral. Sucede entonces lo previsible: terminan asqueados, al borde de la náusea. Y cuando con este mismo marco de referencia, incursionan en la actividad política, vuelve a suceder lo previsible: su propio discurso los maniató y los obliga constantemente a elegir entre la inoperancia y la hipocresía, entre la ineptitud autoinfligida o el cinismo más extremo.

Están, por último, los defensores recalitrantes de la política que le hacen un flaco favor. Aferrados a planteos que ya no cuentan con referente factual, a medios de acción que han quedado convertidos en cascarones vacíos, en venerables restos momificados de pasadas gestas, sus actuaciones confirman la visión negativa que tanto moralistas como mercadófilos tienen de la política. Unos hacen la crítica y otros la ilustran con sus desaciertos.

En resumidas cuentas, las tres tendencias consideradas, quiéranlo o no sus exponentes, atentan contra la política. Unos por incompreensión de su índole distintiva, porque han perdido la capacidad de percibir su peculiaridad: aquello que distingue a la política tanto de la regulación espontánea de los procesos sociales, como de la autorregulación voluntaria de las conductas personales. Otros, por incompreensión de su verdadera entidad, porque confunden su forma eventual con su función esencial, sacralizando la figura que había llegado a adquirir en el pasado inmediato. Por tanto, se empeñan en que siga siendo lo que no ya puede ser.

Ahora bien, si pasamos al plano objetivo, ¿no tropezamos también con serias dificultades?

Primero, el redimensionamiento a escala transnacional de los procesos económicos, sociales y culturales. Semejante salto de nivel deja a las regulaciones estatales accionando en el vacío, sin un objeto apropiado, operativamente discernible, proporcional a sus alcances. Esto reduce de manera terminante las posibilidades de implementación práctica de los principios jurídicos de soberanía e independencia estatales.

En segundo lugar, las reformas neoliberales que han restringido de modo acusado el ámbito de las competencias del Estado nacional, así como sus recursos. En la actualidad, como actor interno, el Estado tiene menos que ofrecer a su población y gravita también menos sobre el conjunto de la vida social.

Veamos, por último, la predeterminación que ejercen sobre las políticas económicas nacionales las directrices emanadas de los organismos financieros internacionales. Éstas conforman por lo general un férreo marco que restringe y simplifica el ámbito de las propuestas políticas factibles, coartando en consecuencia las posibilidades

reales de diferenciación mutua entre las ofertas partidarias. Tal circunstancia desencadena en las organizaciones políticas una compulsión fuerte hacia convergencia programática, la cual suele encubrirse, en el plano del discurso, mediante artilugios retóricos. Sin embargo, lo cierto es que, cuando se aterriza en el terreno de la acción, las *alternativas* –aún aquellas que asumen esta condición como su razón de ser–, tienden a degradarse en *opciones*; esto es, en formas distintas de hacer lo mismo, que difieren en el modo y ritmo de ejecución, pero no tanto en los resultados finales. De aquí la difuminación de las identidades de los partidos políticos, la consiguiente trivialización de los comicios, así como ese recurrente regusto a fiasco que los procesos electorales provocan en el paladar ciudadano.

En fin, por un lado, una sostenida actitud negativa de la opinión pública ante la política; por otro, un pronunciado deterioro del escenario donde ella encontraba las condiciones para su realización: el Estado nacional. Éste pierde cada vez en mayor medida las aptitudes que lo hacían capaz de implementar decisiones colectivas, generadas en el seno de la comunidad nacional.

¿Qué queda entonces? La política convertida en simulacro de sí misma, en espectáculo apasionante pero vano, mientras su espacio de realización se va cerrando. Su inermidad se revela en lo disparatado de sus oscilaciones. Suele transitar del cultivo de la ilusión a la práctica del fatalismo. A veces intenta capturar tigres con redes de cazar mariposas, reivindicar fronteras que han dejado de ser reales, adoptar determinaciones para las cuales ya no tiene instrumentos de implementación, emprender acciones que, en el actual contexto, sólo pueden generar efectos contraproducentes; y otras veces, como el soberano de *El Principito*, se dedica a ordenar que ocurra lo que de todos modos tiene que ocurrir. Por supuesto, tiene más éxito en este segundo caso.

Si el escenario institucional y la credibilidad social de la política, no lograran reconstituirse, ¿qué subsistiría?

–La *administración*, donde impera la competencia técnica.

–la *moral*, donde opera el sometimiento voluntario a normas compartidas.

– y la *guerra*, donde la confrontación de hecho, en términos de fuerza física, decide quién manda y quién obedece.

Si el proceso en marcha no pudiera revertirse, quizá desemboquemos en una variante novedosa, basada en la combinación de los tres ingredientes mencionados, de una modalidad que tuvo ya un momento de concreción en la etapa helenística del mundo clásico. Se trata de un orden social altamente coercitivo, regentado por tecnocracias amparadas al poder aterrador de los señores de la guerra. Un orden en el que, en el mejor de los casos, tal vez tendrían cabida, como en la Grecia tardía, algunos islotes de humanidad: enclaves organizados en torno al cultivo de una espiritualidad de alto calibre, que sirviera de blindaje moral frente a los agravios que asesta un mundo exterior regido por el azar... contrarrestado apenas por la atrocidad.

En la nebulosa del presente, quizá se aprecian ya algunos rasgos que acreditan la sospecha de que la fisonomía histórica recién bosquejada se encuentra en proceso de materialización. ¿Acaso es tiempo todavía de hacer algo para impedir el cierre del horizonte sociocultural que torna posible la política? Al menos mi esperanza es ésa. Por tal razón he trazado este cuadro; el cual, aunque lo parezca, no pretende ser un pronóstico, sino una simple llamada de atención, hecha con el expreso propósito de contribuir a que no se cumpla lo avizorado.

Referencias bibliográficas

- Bobbio, Norberto. (2003) *Teoría general de la política*. Madrid: Trotta
- Bauman, Sygmunt. (2002) *En busca de la política*. México: FCE.
- Molina Jiménez, Carlos (comp.). (2006) *Reentender la política. Lecturas filosóficas contra el actual naufragio de su sentido*. Guatemala: Oscar de León Palacios (2 tomos).
- Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.